

Arte y Moral

LA BELLEZA COMO CAMPO DE BATALLA

KURT SPANG, profesor alemán de Teoría Literaria de la Universidad de Navarra, ha escrito un artículo titulado *Ética y estética en la literatura*¹, del que aquí nos interesan algunas páginas, que a nuestro entender pueden referirse a toda obra de arte. El autor distingue en una obra literaria tres facetas o dimensiones: la creación literaria, la obra misma y la recepción. Kurt Spang contempla cada una de estas facetas tanto bajo el aspecto ético como el estético. Ahora nos referiremos sólo al primero, adaptando libremente el texto para nuestros lectores.

LA ETICA DEL AUTOR

Es bastante corriente la opinión de que el autor literario, o en general el artista, goza de un estatuto ético particular, distinto del de los demás mortales, y curiosamente, menos severo, más permisivo, como si alguien, por el hecho de ser artista estuviese exento de la ley moral natural que a todos nos incumbe. ¿Qué hay de cierto en esta opinión?

Es cierto que el artista, en su específico quehacer, debe gozar de amplia libertad. Afortunadamente, se han superado ya los tiempos en que se prescribían a priori ciertas reglas de producción artística. Ahora bien, ¿es lícito eliminar toda norma, incluso las éticas, a la hora de producir una obra de arte?

Obviamente, no. Porque ni el artista ni el literato son seres «no humanos»; no dejan de ser criaturas inteligentes, dotas de razón y de voluntad libre y -por consiguiente- responsables de sus actos y, en buena parte, de las consecuencias, también éticas, que de sus actos se derivan. Sus aptitudes creativas no les eximen de sus responsabilidades de persona y de ser social. Las normas éticas de la ley moral natural vinculan a todos, también a los artistas, que son, ante todo, personas; y luego, creadores (sin dejar de ser personas).

Si algo hay distinto y específico en el estatus ético del artista, es de subrayar el grado mayor de responsabilidad respecto a las normas morales, ya que -al menos si se trata de un artista célebre- su obra influirá en el ánimo de un gran número de personas, que le tendrán por modelo de conducta y oráculo de doctrina. Ninguno debiera olvidar esto. Los autores deben reflexionar a menudo y detenidamente sobre sus responsabilidades éticas (que, por cierto, nunca serán límite de su capacidad creadora, como han demostrado siempre los grandes autores).

No podemos olvidar que la obra de arte es esencialmente comunicativa (que se hace para que sea contemplada, a poder ser, por el mayor número posible de espectadores); que es incluso sustancialmente «divulgativa», lo cual significa un incremento de responsabilidad.

LA ETICA DE LA OBRA LITERARIA

Ninguna obra humana, libre, es éticamente neutra. La pretendida amoralidad del arte es un camuflaje que, tarde o temprano, desemboca en inmoralidad. En literatura, como en los demás ámbitos humanos, es imposible moverse como en una especie de tierra de nadie. Hasta el más inocente juego literario tiene su moralidad, que es precisamente la de su inocencia. De ahí que los imperativos estéticos nunca eximan de las responsabilidades éticas.

Tanto el autor al crear como su obra se encuentran siempre en un ámbito esencialmente ético, pero ¿dónde estriba la responsabilidad ética del literato (o, más en general, del artista) respecto al valor moral objetivo de su obra: en la materialidad de las situaciones evocadas -como pueden ser las figuras, los hechos, los tiempos y lugares-, o más bien en la perspectiva desde la cual se contemplan? En otros términos: ¿es el *qué* de la situación lo que importa desde el punto de vista ético, o el *cómo* se presenta y se valora?

Un moralismo pusilánime sobre el «qué» de la obra de arte, condenaría lo mejor de la literatura universal. No debe maravillarnos el hecho de que el artista, sobre todo el literato, sienta especial predilección por las situaciones límite, es decir, extremadamente conflictivas, en las que se plantea el problema moral con especial agudeza y fuerza dramática: el abuso de jóvenes indefensas y el tiranicidio de Fuenteovejuna, la violación y el ajusticiamiento precipitado en El alcalde de Zalamea, el asesinato pasional de Otelo, y la sarta de los más crueles y despiadados crímenes de Fausto, por citar sólo algunas obras célebres, son muestra de lo dicho.

Es obvio que, si fuese por la pura materialidad de los hechos evocados en estas obras, deberíamos eliminarlas del ámbito de lo éticamente lícito; y con ellas, la mayor parte, con mucho, del patrimonio literario de todos los tiempos. Pero si ciertas obras construidas sobre la base de una situación inmoral han sobrevivido en variadas culturas y han sido admitidas prácticamente por todos los cánones éticos, se debe sin duda a que a su calidad estética acompaña una cierta calidad ética. ¿Dónde y cómo? Justamente, en la valoración moral de las situaciones representadas que - explícita o implícitamente- hace el autor.

NORMAS INMUTABLES Y NORMAS OSCILANTES

Hay normas perennes, inmutables, con la misma inmutabilidad esencial de la naturaleza humana. Hay también normas sometidas a oscilaciones históricas y geográficas, pero cuyo cambio no afecta a lo fundamental; sí a los enfoques y al peso otorgado a determinados juicios morales. Es obvio que, por ejemplo, las normas del pudor, sobre una base ciertamente fija, oscilan según las épocas, lugares y circunstancias. Ahora bien, esto no justifica la negación de toda norma sobre la conducta humana, ni siquiera por cuanto se refiere a asuntos como el mencionado, del pudor². Tampoco es de recibo la costumbre extendida en la actualidad de no conceder derecho de ciudadanía a una obra si no contiene por lo menos algunos tacos, unas cuantas blasfemias y cierta dosis de perversión sexual. Se ha llegado a un punto en el que se confunde la calidad estética con el mal gusto ético. El permisivismo y el escándalo se han erigido como criterios supremos de valoración literaria. Realmente la situación ética de nuestro tiempo es muy grave.

Si los autores desconocen lo más elemental de la naturaleza humana (como, por ejemplo, la existencia de un alma inmortal), ¿cómo van a valorar correctamente las situaciones planteadas y las resoluciones tomadas por sus personajes? Lo que

harán más bien es confundir los términos, alterar el orden real de los valores; en definitiva, deformar la realidad, con el riesgo consiguiente para el lector o espectador, sobre todo para el que anda escaso en defensas y tiende a juzgar las cosas por lo que atrae a la sensibilidad, más que por rigurosos juicios de la razón. El lector ingenuo -por su juventud o por falta de formación debida- no sabe distinguir entre un razonamiento lógico y un sofisma o juicio falaz, sobre todo si éste se presenta embellecido por una forma artística.

¿Quién no ve, que lejos de estar al margen de las normales exigencias éticas, grava sobre el artista una responsabilidad ética enorme? Uno de sus deberes fundamentales debe ser procurarse una sólida formación psicológica y ética, sobre la base de valores auténticos.

Los literatos y demás artistas, en fin, por el hecho de serlo, no pierden la libertad propia de todos los seres humanos, ni la posibilidad de errar. Por tanto, tampoco pierden la capacidad de crear una imagen distorsionada de la realidad, y hacerlo de forma atractiva, convincente. Esto es lo grave, porque, como dice magistralmente Dostoievsky en Los hermanos Karamazov: La belleza es el campo de batalla donde Dios y el diablo se disputan el corazón del hombre.

Notas:

¹ KURT SPANG, *Ética y Estética en Literatura*, Anuario Filosófico, Universidad de Navarra, vol. XXI, 1988, número 1, págs. 171-181.

² Cfr. ANTONIO OROZCO, *El pudor*, Ed. Palabra, Madrid 1978, 42 páginas.

LA SUPUESTA INOCENCIA DEL ESPEJO

Tal como nos decía P. A. Urbina ¹, la belleza no puede ser más que Dios o un reflejo -una cierta participación- de la Belleza que Dios es. Por tanto, la belleza, toda belleza, en tanto que belleza es de suyo cosa buena; más aún, en ella se cifra la verdadera felicidad de la persona. Ahora bien, ¿no es cierto que a veces el mal se instala en la belleza y la convierte en el campo de batalla que Dostoievsky advirtió?

Se comprende que la lógica diabólica intente de continuo revestir de belleza el mal para servir gato por liebre, y encima emponzoñado. Dice el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura que es infinito el número de los stulti (es decir, sin eufemismos, el número de los tontos). Por eso se comprende también que infinitos sean los que tragan diabólicos anzuelos con escalofriante ingenuidad.

¿PUEDE MORDER UN PERRO PINTADO?

¿Puede realmente instalarse el mal en algo de suyo bueno como la obra de arte? ¿Puede tener alguna complicidad con el mal una obra bella? Esta cuestión se la plantea NICOLAS GRIMALDI, profesor de La Sorbona (París), en su reciente artículo *El arte y el mal*², que nos sugiere las siguientes reflexiones³.

Se enfoca ahora el asunto desde la consideración del arte como representación. ¿No es el arte, en cuanto a su contenido, una simple representación? Y siendo así, ¿es lógico inculpar alguna obra de arte por lo que representa? ¿no sería esto tan necio como inculpar al espejo por la imagen del crimen que acaso refleje? ¿Puede hacer algún mal una «representación»? ¿Puede morder la imagen de un perro? Parecen todas éstas, cuestiones equivalentes. En La Degollación de los inocentes representada en los lienzos de Brueghel o Poussin, no se derrama sangre alguna. Es en las batallas pintadas por Paolo Ucello, de Gros o de Meissonnier, donde en realidad menos se muere. Igualmente hay que señalar que los temporales de los pintores Barughel y Turner son los que menos nos mojan, y en los que los náufragos sobreviven más tiempo.

¿Mata realmente un asesino pintado o filmado? No parece. Entonces, ¿por qué condenar la representación del mal? ¿Tiene el arte la inocencia de un espejo, o, por el contrario, es cómplice del mal que representa?

Que sea cómplice del mal representado, es imposible. Pero de lo que se trata es de considerar no tanto su relación al pasado como sus efectos presentes y futuros⁴. Y desde este punto de vista es preciso reconocer que el arte no es tan inocente como el espejo. ¿No es verdad que ciertas obras de arte han inducido y siguen induciendo al mal: al crimen, a la droga, al adulterio?

Es claro, pues, que el arte puede albergar el mal en su entraña, no ciertamente por ser espejo de la realidad, sino porque la realidad (humana) vendrá a ser espejo del arte. No cabe condenar una obra de arte porque represente algún suceso mas o menos licencioso, sino porque, como lo embellece todo, incluso lo zafio, lo feo, deforme o inmoral, convierte lo malo en atractivo, lo cual, en definitiva, equivale a inducir al mal.

No se condena, pues, el arte, cuando es el caso, por lo que imita o porque imite, sino porque seguramente será imitado. El arte no podrá condenarse como imagen, pero sí como modelo.

Ya Platón se lamentaba de que a veces el arte, con su magia o brujería hacía amable el vicio. Y criticaba a los poetas que pintaron a los dioses entregados a todos los vicios, y a los héroes lúdicos, tragones y demoníacos. Así el arte llegó a ser demoníaco y tentador, y nos acostumbra al mal, persuadiéndonos de que -eso, el mal- no es tan malo como parece.

Lo peor del mal es, precisamente, que nunca parece malo. La astucia del mal está en su atractivo. La verdad es que nunca seríamos tentados por el mal si no fuera verdaderamente tentador. Y si lo es, no lo es por lo malo que contiene, sino porque el mal se sostiene siempre sobre una cierta bondad que le sirve de engaño.

EL ARTE ENGAÑOSO

Cuando el mal se reviste de belleza, de arte nos puede hacer creer que lo verdadero es falso y que lo falso es verdadero. También Platón habla del falso testimonio de tantas narraciones y tragedias que muestran la injusticia siempre próspera y la justicia siempre miserable, de modo que nos persuade de que la verdadera cordura es parecer justo para ser injusto impunemente. Y ¿qué nos muestran tantas comedias de Molière sino el vicio apuesto y la virtud ridícula? Por

eso, en su carta a d` Adalambert, Rousseau podía escribir que el arte apaga el cariño que se tiene a la virtud.

HACE INSUFRIBLE LO COTIDIANO

Otra cosa maligna que se puede esconder en el arte es el desprecio por la existencia cotidiana, con su irremediable precariedad o limitación. Cuando el arte nos exalta enfáticamente la intensidad de determinadas emociones, puede causar en nosotros la necesidad de ellas, y volver insufribles -por aparecer, al contraste, demasiado sosas- la bondad, la inocencia y la prosa santa de lo cotidiano. De este modo, obstaculiza el conocimiento del valor inmenso que la vida corriente -tantas veces heroica- lleva en su invisible entraña.

El arte, en efecto, sobre todo el cinematográfico, es siempre una hipérbole, una exageración, o si se quiere, una magnificación, prácticamente de todo cuanto representa. En la pantalla las mujeres guapas resultan guapísimas - convenientemente maquilladas-, las feas feísimas, las vulgares, vulgarísimas. Lo mismo opera con las pasiones nobles como con las más viles: se enormizan, se subliman o descalifican a gusto del director. El cine idealiza hasta cuando niega el ideal. Es capaz de ennoblecer la traición, el crimen, hasta la drogadicción.

Obviamente no todas las personas están igualmente expuestas al contagio de los males que pueda contener el arte, pero lo cierto es que todos tenemos defensas limitadas. Y las de algunos -personas escasas de talento o de cultura, carentes de una buena formación religiosa y de la personalidad auténtica-, son incluso muy limitadas. Por ejemplo, indudablemente, las de los niños. Y los adolescentes, aunque difícilmente lo admitan, son máximamente influenciables por los naturales estímulos de las pasiones más vehementes.

USO PROFILACTICO Y FUNCION HOMEOPATICA DEL ARTE

¿Puede el arte tener un uso pedagógico o «catártico», purificador?. Grimaldi entiende que sí, si nos hace experimentar lo malo del mal, de tal manera que, sin convertirnos en cómplices, nos permita reconocerlo y evitarlo. Tal sería la función homeopática del arte: hacer experimentar de modo ficticio el mal para poder evitarlo más fácilmente en la realidad. Pero lo de todo punto inadmisibles es que el arte purifique las malas pasiones si las excita. Es como si se dijera que para llegar a ser sensatos y prudentes hubiésemos de empezar siendo furiosos y locos.

Lo que resulta obvio es que el arte no siempre es tan inocente como un espejo ⁵.

Notas:

¹ Ver PEDRO ANTONIO URBINA, El soplo de la Belleza, Colección ARVO, n' 91, enero 1989.

² N. GRIMALDI, El arte y el mal, en Anuario Filosófico, vol. XX, 1988, número 2, pp. 922).

³ Los textos en cursiva son literalmente del profesor Grimaldi.

⁴ Escribía J. J. Rousseau: nuestros jardines están adornados de estatuas y nuestras galerías de cuadros... Son imágenes de todos los extravíos del corazón y de la razón, que se presentan temprano a la curiosidad de nuestros niños, sin duda para que tengan bajo sus ojos modelos de malas acciones.

⁵ Ver: ANTONIO OROZCO, Arte, moral y espectáculos, Ed. Palabra, Madrid 1981, 40 página.